

EL PODER CELESTIAL

Una entrevista con Monseñor Luis Bambarén, por Martín Paredes

Monseñor Luis Bambarén Gastelumendi (Yungay, Ancash, 1928) acaba de cumplir 75 años, la edad en que un sacerdote se jubila de sus cargos pero no de su vocación. Monseñor sigue tan activo como siempre: ha dejado la presidencia de la Conferencia Episcopal Peruana (CEP), fue Obispo Auxiliar de Lima en 1968, es Obispo de Chimbote desde 1978, fue representante de la CEP en la Mesa de Diálogo y Concertación de la OEA en el 2001, es miembro observador de la Comisión de la Verdad y como exponente de la sociedad civil fue invitado a la preparación y firma del Acuerdo Nacional en el 2002. El 17 de enero pasado recibió la Orden del Sol. Desde que ingresó a los 17 años al noviciado de los jesuitas en Miraflores ha tratado de ser un puente entre los hombres y Dios. Las barriadas fueron su campo de trabajo. Él las bautizó como pueblos jóvenes y por ello lo llamaron «obispo comunista» y «agitador con sotana». Ahora sonríe, prende un Marlboro light, recuerda Pamplona, 1971, con la serenidad de quien ha dedicado su vida a los ejercicios espirituales, a servir y amar al prójimo, con la fuerza de su indesmayable vocación religiosa.

-Usted bautiza las barriadas como Pueblos Jóvenes.

-Sí, y la razón es la siguiente: los gobiernos procuraban que los pobladores no estuvieran organizados, la política era que tenían que volver a sus pueblos de origen. Justo acababa de sacar Paulo VI su encíclica **Populorum Progressio** y una de las tesis que defiende es que los pueblos deben ser autores de su propio desarrollo, no esperar que el gobierno les dé todo sino que deben ser como un joven que se convierte en adulto porque tiene una vida inmanente que lo va llevando a ser adulto. Así también las demás barriadas, por su organización, deben convertirse en urbanizaciones pero con el principio de que todo lo que le corresponde al pueblo debe hacerlo el pueblo; no esperar que se lo haga otro. La oficina la fundamos en marzo del 68. Y en diciembre el gobierno oficializa el nombre de PPJJ formando la Oficina de Desarrollo de PPJJ. Eso le molestó a Artola.

-¿Por qué?

-Porque él, desde los primeros meses del gobierno militar, iba los fines de semana a los PPJJ a repartir panetones, ropa usada... Entonces destruía la organización, la gente estaba esperando otra vez a mano tendida, y lo que queríamos era que asumiesen su organización. En esa época Artola cerraba revistas, periódicos, deportaba directores o los metía a la cárcel. Había un abuso de poder tremendo y nadie podía decir nada. En una conferencia de prensa sostengo que con panetones y ropa usada no se arregla el problema de las barriadas. Eso le molestó mucho a Artola. La invasión a Pamplona fue atípica. Normalmente, primero, una invasión se lleva a cabo en un terreno del Estado; segundo, la policía controla para que no aumente el número de invasores. En este caso, la invasión va creciendo a zonas urbanizadas y la policía se va retirando; incluso con el ministro de Vivienda -que era el almirante Luis Vargas Caballero- ya se había hecho el censo de los invasores, se llevaban cisternas de agua, se estaba tratando el traslado a Villa El Salvador. Pero la madrugada del 5 de mayo Artola manda a la policía a destruir todo, a quemar las chozas; hubo mucha violencia, muchos heridos y un muerto: Edilberto Ramos. Eso hizo que yo reaccionara enseguida. Fui al lugar, por la tarde fui a rescatar el cadáver de la morgue con el compromiso de que no se usase políticamente esta muerte, y así se hizo. Artola me acusó de ser el autor de las invasiones, y por eso ordenó mi detención. Después se descubrió que se trató de una maniobra política de Artola, y que lo que buscaba, con los repartos que hacía, era ganar popularidad; al mismo tiempo estaba trabajando con la extrema derecha que no estaba conforme con el gobierno de Velasco. El hecho de que se atreviera a meterme a la cárcel tenía como fin que dijeran ese es el hombre capaz de poner orden. Pero calculó mal, porque hubo una reacción popular muy fuerte.

-¿Lo llevaron hasta El Sexto?

-Pasó lo siguiente: habían detenido al párroco de Ciudad de Dios por el apoyo que había brindado a los invasores, era un apoyo humanitario. Fui a la casa del primer ministro, el general Montagne y citó al Director de Gobierno; Convinimos en que esa misma noche del domingo saldría en libertad el párroco, pero a la mañana siguiente no sale y ahí es cuando llamo a Montagne protestando, y me dice que tenemos que hablar personalmente. Fui a su despacho; su secretario me dice voy a anunciarlo porque lo está esperando, pero entra y ya no sale; pasan más de veinte minutos y me dice que ha tenido que ir a Palacio de Gobierno y ha dejado encargado que vaya a la Prefectura. Me fui al despacho de Artola.

Era una encerrona. Me llamó la atención que el Prefecto llamara a los directores de la GC, la GR y la PIP para hablar conmigo. Estaban muy cordiales hasta que llamó Artola. Me dijeron: tiene que pasar a Seguridad del Estado para un interrogatorio. Les dije si es para sacar al párroco sí voy, pero si es para otro motivo me niego a ir. Ocho horas y media duró el interrogatorio dirigido por el propio Hércules Marthans, que era el director de la PIP entonces.

-Nunca lo vio a Artola.

-Ese día no. Yo no sabía nada de lo que estaba pasando afuera. Me llamó la atención al salir de la Prefectura ver la cantidad de camarógrafos, periodistas: era que Artola había anunciado mi detención. Me llevaban rodeado de PIPs a los sótanos para el fichaje; me tomaron fotos de frente y perfil, mi número era el 116418 y de ahí a la carceleta del Palacio de Justicia, pero no sabían qué hacer conmigo. Iba pasando el tiempo en la carceleta, hasta que me llevaron esposado a El Sexto. No sabían dónde ponerme. Me llevaron a una oficina pequeña para descansar. De ahí nace Villa El Salvador.

-A usted lo llamaban obispo comunista, ¿verdad?

-Ese fue el famoso Baella Tuesta, que tenía un semanario que se llamaba **El Tiempo**, salía los lunes. Ese se la tomó conmigo, cada lunes era un ataque. Y **La Prensa** también.

-¿Por qué?

-Por los intereses que representaba. En ese momento, el pobre por ser pobre era sospechoso. Y el que trabajaba con los pobres también.

-¿La derecha no lo quería a usted?

-Creo que no. Yo te diría depende, por lo siguiente: los que no me conocían me odiaban y los que me conocían me defendían.

-¿Usted siente que tiene poder?

-No, no. Muchos me dicen que lo tengo, pero yo no soy consciente.

-No es consciente pero lo tiene.

-Yo lo veo en cada caso. Si hay que hacer una gestión en un

ministerio me acogen, me reciben, tienen en cuenta lo que digo; no lo tomo eso como poder sino como un servicio.

-Pero usted expresa opiniones que tienen consecuencias políticas. Está rodeado de políticos para lograr un fin específico.

-Eso sí, pero siempre desde mi ángulo. En la Mesa de la OEA yo sabía que tenía autoridad moral para motivarlos. Pero ahí no siento que tengo poder sino que soy útil para salir de un **impasse**.

-¿Cómo fue su relación con el gobierno de Fujimori?

-Yo parto de un principio, que cuando una autoridad es elegida por voto popular es legítima y hay que reconocerla, le guste o no a uno.

-¿Y después del 5 de abril?

-Ahí varía la relación. Después del 5 de abril tomo posiciones muy claras. Estábamos con la epidemia del cólera en Chimbote, estábamos en veda, no había trabajo, se necesitaba la pesca social y eso requería autorización del gobierno. Fue la única audiencia que pedí a Fujimori después del 5 de abril. Cuando él iba a Chimbote me pedía que lo llevara en mi camioneta.

-Y la relación que tiene con el presidente Toledo es mucho más cercana.

-Claro, porque nos hemos conocido de antes. Debió ser antes de llegar como Obispo a Chimbote. Los padres de la parroquia Santiago Apóstol me contaron el caso de un joven llamado Alejandro Toledo, de una familia muy pobre de la sierra pero que era muy bueno y estos padres le habían conseguido una beca para Estados Unidos, en una universidad de jesuitas. La madre era muy buena, esas mujeres campesinas recias, con 16 hijos, se le murieron 7. El papá trabajaba como campesino y cuando vino el boom de la pesca en Chimbote y mucha gente dejaba el campo, el papá hizo lo mismo. Un buen día la mamá cogió sus cosas, a sus nueve hijos, llegó a Chimbote de noche y encontró a su esposo en un cuarto muy pobre con un perrito, durmiendo. Ellos han dormido tres meses en la estación del ferrocarril, porque no tenían dónde ir. Por ahí viene la relación, el hecho de haber pasado cosas comunes, hay sintonía y quizá por eso tengo la posibilidad de tocarle algunos temas con mayor libertad, como el de Zarái. Le dije, presidente, hay que solucionar ese tema. Era un domingo. Me

dijo vaya el martes a Palacio y conversemos de esto. Ese día fui con la carta que luego se publicó en los medios. La leyó muy despacio, se quedó en silencio y me dijo Monseñor usted me ha quebrado, me ha tocado el espíritu. Me pidió tiempo para hablar con la familia y así se hizo. Y si quieres, en ese sentido tengo poder... No me gusta la palabra poder, creo que no lo tengo. Autoridad moral, sí.

-¿Y la Iglesia peruana no tiene acaso poder político?

-Creo que siempre lo ha tenido. Basta ver los sondeos de opinión: la institución en la que confía más el pueblo es la Iglesia. Eso un político tiene que tenerlo en cuenta en lugar de enfrentarse.

-¿Por qué el Opus Dei tiene tanto poder dentro de la Iglesia peruana?

-¿Qué poder tiene?

-Tanta fuerza, tanta presencia.

-¿Pero en qué?

-Tiene ocho obispos, ¿no?

-Diez. Mira, si tuviese poder en la Iglesia creo que hubiese logrado en las elecciones [del CEP] cargos importantes. ¿Qué cargos han ocupado? Ni primer ni segundo vicepresidente. Ni miembros del Consejo Permanente.

-¿Hay tendencias dentro de la Iglesia? ¿Hay conservadores y moderados?

-Es difícil hacer esa división. Hay dos concepciones de Iglesia y eso sí pesa. No conservador, ni moderado, ni liberal. Sino una del Concilio Vaticano II en el que la Iglesia es el pueblo de Dios. El Obispo es parte de ese pueblo de Dios, los sacerdotes, el clero, los fieles. La otra concepción es la de una Iglesia más vertical: el Papa y Dios. Los Obispos dependiendo directamente del Papa y los sacerdotes del Obispo. Ahí estaría la diferencia. La Iglesia en el Perú, sobre todo después del Vaticano II, ha sido una Iglesia bastante comprometida con la justicia, los derechos humanos.

-¿Esa corriente progresista está en retirada?

-Yo creo que estamos bastante comprometidos, no creo que nos

hayamos desligado en ese sentido. En todo lo referente a derechos humanos estamos presentes, en la Comisión de la Verdad estamos colaborando intensamente a nivel nacional, los pobres acuden a la Iglesia en sus zonas y encuentran acogida. Puede ser que en la documentación oficial se haya disminuido. Pero hay que tener en cuenta que en los primeros años que me tocó vivir como obispo, estaba presente el Concilio Vaticano II, estaba Medellín, luego Puebla. Todo esto determinaba una corriente dentro de la Iglesia, pero también fuera de la Iglesia había gobiernos revolucionarios: Bolivia, Perú, Venezuela, Chile. Fue un momento de la historia en el cual hemos vivido juntos la sociedad civil y la Iglesia.

-¿Las relaciones de la Iglesia y el Gobierno Militar eran buenas?

-Muy buenas. En la época de Velasco él me tenía mucha confianza, quizá porque conocí a su hijo Juan que era arquitecto, hicimos proyectos para Piura. Velasco me dijo en cierta ocasión: hay dos grupos que respeto mucho y con los cuales no quiero tener problemas: la Iglesia y los universitarios. De hecho, cuando iba a dar algún decreto ley importante, le pedía su opinión al cardenal Landázuri. Hay un hecho que es poco conocido. El cardenal Landázuri siempre se preocupó de que nadie muriera sin recibir los auxilios espirituales. Y me decía: Lucho, cualquier día Velasco se muere, tiene que confesarse, prepararse para su encuentro con Dios. Un domingo subimos a su casa de Chaclacayo, convinimos con su esposa y sus hijos para que ese día no hubiera ningún amigo. Llegó un momento en que el cardenal Landázuri le manifestó la necesidad de que estuviese bien con Dios, le habló un poco en abstracto. Cuando terminó, Velasco se le quedó mirando. El Cardenal trató de ser más concreto pero Velasco igual se le quedó mirando. Entonces le dije: mire General, lo que el señor cardenal le quiere decir es que usted necesita un lavado y engrase, ¿cuándo se confiesa? Así había que hablarle. Se sorprendió un poco. Era un hombre con poca formación religiosa.

-No era católico.

-Mira, como son los militares que son católicos. Él se pone muy mal la madrugada del 23 de diciembre y lo tienen que operar de emergencia en el Hospital Militar. No permite que le pongan anestesia si no voy yo antes a darle los santos óleos. Salí de Fátima embalado hacia el hospital, llegué cuando estaba en el

quirófano, entré, le di la absolución, los santos óleos. Él quería estar bien con Dios. Cuando regresaba en sí me llamaba y me pedía orar. Ha muerto bien.

Con Morales Bermúdez teníamos dos veces al año una reunión para dialogar sobre temas de actualidad. La situación a veces era difícil porque había mucha efervescencia y culpaban a veces a los sacerdotes de ser los instigadores de los movimientos. Se evitaban enfrentamientos inútiles.

-¿Cómo ve usted el proceso anticorrupción?

-No lo siento. ¿Usted lo siente?

-¿Se ha disuelto?

-No veo intervenciones públicas. ¿O usted las ve en los periódicos?

-¿El Poder Judicial le hace el juego a la corrupción?

-Yo creo que cada vez menos. A mí me ha tocado intervenir directamente en el caso de Rodríguez Medrano. No solamente era corrupto sino que era el corruptor del PJ. He tenido públicamente enfrentamientos con él. Ya sabía de la presión que había para cobrar coimas. Fue el caso de Haiduk. La coima iba subiendo para Montesinos, todo lo hacían juntos, pues. Quedan resabios de eso. Es duro corregir todo esto.

-¿Usted cree que se va a llegar a buen término con los procesos a los que se ha sometido a los miembros de la corrupción?

-Te voy a decir que no por una razón muy sencilla. Los mismos delitos que descubrimos ahora estaban denunciados por los profetas, por Jesús mismo. Y a lo largo de la historia siempre sucede lo mismo. Es que hay pocos que resisten un cañonazo de 50 mil dólares, pues (risas). No basta corregir las instituciones, las leyes; hay que llegar acá adentro [se señala el corazón]. Mientras no cambiemos por dentro a la persona, es inútil.

-En ese sentido no es optimista.

-¿De que se vaya a desterrar la corrupción? No. ¿De que se vaya a sancionar a los corruptos? Sí. Debe castigarse con toda la fuerza de la ley a los corruptos. Todos estamos esperando que se

haga justicia.

-¿Qué espera de la Comisión de la Verdad que ahora presenta su informe final en julio?

-Mucho. Se ha trabajado con mucha seriedad, con mucha participación de los afectados. Participé sólo en una audiencia pública. Mira lo que dice Isaías: «no se ha hecho justicia como corresponde y se ha estado muy lejos de comportarse como es debido, la buena fe ha andado por la plaza por los suelos y a la honradez la han dejado afuera». Tenemos que volver a Dios. Si uno se olvida de Dios caemos en la idolatría de los ídolos del poder, del dinero y del placer.

Mira un caso más bonito. El de Abimael Guzmán, Elena Iparraguirre, Feliciano, Víctor Polay, Peter Cárdenas y Miguel Rincón. El enemigo de la Iglesia fue Sendero; sin embargo, estaban un mes en huelga de hambre y me mandan un mensaje para que les haga un llamado público y depongan la huelga. Hice una carta abierta y fue el primer documento firmado en conjunto por miembros de Sendero y del MRTA acogiendo mi llamado. Me invitaron a que les hiciese una visita de reflexión. Ellos eran seis, llevé siete biblias. Escogí el pasaje del crimen de Caín, el primero de todos, dialogamos sobre la situación de ellos. Fueron más de dos horas y media dialogando sobre la Biblia. Luego hablé con Abimael Guzmán, dos horas y media también, ahí me pidió perdón por todo lo que había hecho sufrir a la Iglesia, en particular a mí. Hablamos de los tres sacerdotes que mató Sendero. La causa: porque la religión es el opio del pueblo, que era lo que entendía entonces Abimael Guzmán. Ahora ya no.

-¿Abimael ya no piensa así?

-Ya no.

-¿Abimael ha cambiado?

-Yo creo que sí. Él es muy claro en defender el Acuerdo de Paz y me consta que lo está haciendo. Le he hecho más de una visita y destaco esto: tenemos el frente Huallaga y el frente del río Ene. En el Huallaga está Artemio. Cuando Abimael me dijo el 20 de marzo del año pasado de la posición de NO a la lucha armada, le respondí que son sólo palabras. No, Monseñor, yo he dado la orden en el frente Huallaga de que únicamente tengan acciones defensivas, ninguna operativa. Cuando estaba de ministro del

Interior Fernando Rospigliosi le pregunté si era cierto, me dijo que desde setiembre del 2001 no había una acción hasta ahora. Para mí es una demostración. Creo que lo ha tomado en serio y quisiera que se logre una solución política. Él para sí no pide nada, él se considera... no dice la palabra culpable, sino el único responsable de todo esto. Lo que pide es que no haya inocentes condenados por terrorismo.

-Un último tema. Usted habrá visto estas declaraciones suyas a *Liberación*. [Le muestro el ejemplar del viernes 7 de febrero: «Bambarén: La Iglesia no puede tener un cura maricón».]

-¡Ah! Sí, sí.

-¿Son sus palabras? ¿Usted se reafirma en eso?

-Claro. Dentro del diálogo sale, no voy a decir la frase suelta. Tenemos la norma del Papa, con todo lo que ha sucedido en Estados Unidos, en el caso de homosexuales que aspiran al sacerdocio: tolerancia cero. No puede haber ningún seminarista homosexual. No es ninguna discriminación, el derecho de la comunidad está por encima del derecho de la persona. La comunidad no va a aceptar a un sacerdote homosexual, la Iglesia no quiere ningún cura maricón.

-Pero es una forma de discriminación.

-Todos buscan una autoridad honesta, moral. Una comunidad cristiana busca también que su párroco, su sacerdote, sea un ejemplo de vida.

-Y los homosexuales no son un ejemplo de vida...

-...Como sacerdotes, no los veo. Respeto lo que dice monseñor Cipriani de que ellos no forman parte del plan de Dios. Sin embargo, lo que yo declaro es [lee]: « “la Iglesia acepta a los homosexuales y a cualquier persona que puede tener otra identidad sexual. La Iglesia jamás los excluye”, aunque descarto por completo la posibilidad de que estas personas lleguen a los niveles más altos del clero». Eso salió dentro del diálogo; así suelto, un poco como que choca.